

nalidad conspicua; sino á gozar su excelsitud envidiable, buscando en el prisma de su preciosa existencia sólo tres colores primitivos: el amarillo dorado de su Mitra, el púrpura soberbio de su flexible elocuencia y el azul celeste de la magnanimidad de su vocación docente.

Pero... tiembla nuestra mano, y con razón!... ¿Hallaremos pensamientos tan puros, ideas tan elevadas y frases tan bellas con qué trabajar su verdadero encomio?... ¡Quiéralo el Eterno en su sabiduría infinita; y ténganos nuestro Ilmo. Maestro mucha indulgencia; toda la que necesitamos y, que gracias al Altísimo, atesora su alma privilegiada!

OBISPO.

O mihi tan longae maneat pars ultima vitae,
Spiritus et, quantum sat erit tua dicere facta.
Virgilio.—Bucolica, Egl. IV.

¡Ojalá me alcance el último término de la vida
y me quede aliento bastante para decir tus altos hechos!

I.

LEGÓ á la plenitud del sacerdocio, y al ascender las gradas del solio que le designaran en la jerarquía eclesiástica la voluntad providencial y la previsión solícita del Padre Común de los fieles, su figura imponente y gentil por naturaleza, toma proporciones extraordinarias y se vuelve magestuosa y refulgente; tal parece que las ceremonias augustas de su consagración revelan á sus contemporáneos el pronóstico de su misión episcopal. La majestad de su mitra obliga á todos á fijar la mirada en él, suspendiendo su curso el pensamiento, dominado por una expectación mezcla de inquietud y de fervorosa veneración; el poder de su humilde cayado causa á unos religioso asombro, y á otros el inexplicable sentimiento de un amoroso terror, vivo en las conciencias timoratas de cuantos no perciben las verdades de la Religión sino desde el umbral oscuro de su ignorancia su-

pina, apenas manchada por el armiño de las enseñanzas rudimentarias de la fé católica; y pone el sello de su eminente superioridad, el anillo emblemático de su sagrada unión con la Iglesia y de su jefatura y soberanía espirituales. Tan sagrados paramentos rompen, con sus irradiaciones prodigiosas, en la tremenda noche de la apatía humana, las brumas de la indiferencia, y al entrar de lleno aquella personalidad distinguida en las hermosas claridades del día de su gloria y alegría terrenas, venciendo en un instante el olvido de muchos años, surgen al unísono, como las notas inmortales de un canto delfico, la admiración entusiasta y el coro de alabanzas que pregona y á la vez ensalza sus virtudes preclaras. Ese derroche de sentimientos religiosos hácia un Obispo joven, sabio, virtuoso y por añadidura dotado de una alma ferviente, infatigable y tiernísima, vivificada por el sentimiento de lo bello y sostenida en todos los trances de la vida por la valentía de generosos ideales, mucho se asemeja á la fascinación misteriosa y profunda que ejerce el Oceano cuando en sus horas bellísimas de plácida quietud comparte con el cielo en hermosura y límpidez. Es algo así como el arrobamiento producido por una felicidad sobrehumana; el divino estupor de lo infinito engendrando la voluptuosidad melancólica de lo santo é inmaculado de este mundo allá en los éxtasis silenciosos del espíritu. Los filósofos explicarán este fenómeno sorprendente, invocando las leyes del atavismo psicológico-religioso; pero los creyentes, lo dejarán todo á los arcanos insondables de la Providencia.

II.

NOSOTROS, sin controvertir razonamientos ajustados, sin duda, á los sapientísimos cánones de la más severa crítica, ni engolfarnos tampoco en el mar sin límites de la fé divina, creemos, y con justicia, que el respeto social y la veneración tributados al Ilmo. Señor Silva, son los testimonios elocuentes é irrefutables de su verdadera grandeza. Conocemos, por otra parte, las intimidades de su vida ejemplar; sus costumbres severas hasta el estoicismo y sencillas hasta la inocente candidez; su potente celo; su catolicidad heroica; su entusiasmo piadoso tan firme como intrépido; su vocación sacerdotal tan recta como decidida, y por encima de todo, su ardiente caridad evangélica tan ingenua, tan ilimitada, tan embriagadora y tan unánimemente bendecida. Viviendo entre los destellos de esas sus virtudes, que como efluvios de la gracia divina saturan de santidad no sólo el medio ambiente en que él respira, sino también el lugar en que ejercita su acción apostólica, nace en el alma el deseo irresistible de dar infinitas gracias á Dios por las maravillas de su ingénita bondad. Pero si el colosal edificio de su reputación envidiable se pierde más allá de las nubes en el

horizonte sensible de los espíritus amantes de la verdad y el bien, es sobre todo porque el Símbolo de su fé constituye la clave de tanta majestad y de tan hermosa grandeza. Sobre la base indestructible de una Conciencia pura, ha trazado las líneas de su Razón ilustrada y de su asentimiento en la Revelación divina, hasta confundirlas, como dos soplos atrevidos de aspiración infinita, en el eterno foco de la Luz Increada. Allí se pierde en santa paz su espíritu, y de allí nace la harmónica belleza de su noble y espléndida figura.

III.

LA verdad de esta expresión de Michelet: "el genio es una inocencia," va á proporcionarnos la sensación dulcísima de admirar, en lo que el hombre tiene de más sensible en el fondo de su alma, la conciencia, al Ilmo. Señor Silva, durante los últimos momentos del día nueve de Octubre de 1892; de ese día de imperecedera recordación para su luminoso espíritu, agitado entonces no sólo por las emociones grandiosas de su ascenso á la dignidad episcopal, sino también por la gratitud y el amor hácia sus numerosos amigos, entusiastas admiradores y amantísimos discípulos, quienes henchidos de gozo y rebotando de ternura, acababan de verter las ricas ánforas del perfume de la gratitud y del cariño á los piés del apóstol amado, en melodiosas notas, en arrebatadores conceptos y en estrofas galanas, inspiradas en el ideal católico y con exquisito donaire trabajadas en el laboratorio místico del sentimiento. Se había cerrado con broche de oro el capítulo de aquella su vida de humilde sacerdote, y la imperceptible mano del tiempo había trazado ya la raya final sobre los años que acababan de transcurrir. La hora de la alegría estruendosa había pasado, y se presentaban á reclamar su imperio la de la paz reflexiva y la del inconsciente abatimiento. Y aunque "el genio y la voluntad, según afirma Lamartine, conocen sus fuerzas, sienten antes que los demás, y profetizan su misión," el Ilmo. Prelado pagaba en aquellos instantes su tributo á la naturaleza humana, sufría, supuesto que la dicha sólo se compra con el sacrificio. Abandonada su envoltura material en actitud llena de nobleza y de majestad, realizadas como nunca por los destellos de la inteligencia, los privilegios de la voluntad y los placeres internos del deber cumplido, su alma gigantesca se replegaba extrañamente sobre sí misma; su mirada ignipotente se velaba con encantadora expresión de resignada dulzura, y una vaga sonrisa erraba por los medítambundos labios. ¿Qué de incomprendible ó de sobrehumano pasaba en aquella existencia veneranda? Lo dijo Hesíodo hace más de dos mil y ochocientos años: "delante de la virtud han puesto los dioses la pena y el dolor." ¡Sublime mártir! se había escapado á su rápida penetración de

vidente que la energía que avasalla todas las fortalezas humanas, se detiene melancólica ante ese débil castillo de naipes que se llama dicha. . . . La dicha efímera de los miseros mortales, el engañoso espejismo de un sueño delicioso, un soplo que pasa, un suspiro que vuela, un girón de cielo azul que huye muy de prisa, borrándose en el espacio, "una melodía del alma, como dice Arsenio Houssaye, que no dura más tiempo que el eco de un reloj," en fin, sombra pasajera *παρὰ ὄρα* que la llamaba el célebre filósofo de Atenas! Sí, la felicidad es siempre de ayer ó de mañana: recuerdo melancólico ó esperanza apetecida; pero nunca realidad tangible y duradera. No, pues, sin motivo fundado, sonreía con tristeza, en medio de su éxtasis, el sapientísimo mítrado. ¿Será que todos los fines, hasta el de la posición humilde, son desgarradores como la muerte ó insostenibles como el dolor? He aquí un enigma, mudo como la esfinge, é impenetrable como la eternidad. Recordemos, sin embargo, aquella amarga sentencia de Bossuet: "El hombre no es libre, ni siquiera de morir. Se figura que obedece á su voluntad, y se engaña; obedece á su destino."

IV.

EL Ilmo. Señor Silva que, como el gran Pontífice Sixto V, ni le causó extrañeza ni le intimidó su exaltación al Episcopado, porque sabía muy bien que ese era el lugar que le tenía señalado la mano del Omnipotente, y que aceptó su delicadísima misión con la alegría del caudillo que va á marchar á la victoria, resuelto á combatir el error, á hacer prevalecer la justicia y á sujetar con voluntad de hierro ora el abuso de los unos, ora la perversidad de costumbres y los vicios de los demás, experimentaba en aquella hora de soledad y de abandono, ante las emociones de su conciencia, la angustia inexplicable del terrible peso de la vida, de esa carga ominosa que nos suscita tantos y tan difíciles deberes, y que nos abruma con tan varoniles tristezas hasta doblegar muchas veces, ó cuando menos, poner á prueba la fortaleza de un alma elevada. Pero en él lo heróico, es la naturaleza, por eso no tiembla ni se abate; sonríe con dulzura á las imágenes ya indecisas de sus recuerdos queridos, en señal de inevitable despedida; pero al mismo tiempo presta gustoso y resignado su aquiescencia á los sufrimientos que le traerá consigo el porvenir. Entrevé grandes y centuplicados dolores; no importa. Con un valor que no tiene prisa, y con una serenidad y entereza que son las verdaderas fuerzas del alma, se iergue resuelto y animoso. . . . Ya está en pié; ¡miradle! No empuña su mano la vara inflexible de la justicia humana, —no; pero su alma posee otra soberanía mayor; es dueña del cetro envidiable de la virtud y del saber, tan incomparable en sus prodigios como que caen

bajo su dominio, el talento en sus múltiples y elevadas concepciones y la conciencia individual en sus más secretas é íntimas operaciones. El viento, las lluvias y la nieve azotan implacables día á día, los contornos delicados de calcóglifa estatua sin deteriorarla en lo más mínimo, ni dejarla señales visibles de su paso; así las tempestades de la vida cruzarán por tan agusta personalidad sin afearla, sin imprimirla su huella repugnante, ni alterar en nada la nobleza de su corazón, ni la magnanimidad de su alma verdaderamente cristiana. Porque, oído bien, para él brotaron de la fecunda y delicada imaginación de la hermosa Carmen Silva, la Reina de Rumanía, estos conceptos tan valientes, tan generosos y tan inspirados: "Yo pertenezco á mi misión por toda la vida, y perteneceré hasta la tumba... aunque deba costarme toda la sangre de mi corazón!"

V.

URGE empero que nos deleitemos, aunque sea brevemente, admirando la filiación filosófico-religiosa de su Credo teológico: arranca del célebre Concilio de Nicea, de aquella "constelación brillante de los Santos Padres, lumbreras de la Iglesia, encendidas en la antorcha de la escuela de Alejandría que alumbraba al mundo con el espíritu de Platón, preparándolo al cristianismo por medio de la noción del verdadero Dios de la filosofía, que era el mismo Dios de la revelación; expositores sapientísimos de la doctrina cristiana, y depositarios de las últimas ráfagas del genio griego, que la poetizaba en el ocaso de su esplendor," como con inimitable estilo lo escribe el erudito filólogo Dr. Don José Francisco López: *Credo in unum Deum, Patrem omnipotentem factorem coeli et terrae, visibílium omnium et invisibílium.* Aquí encarna la armonía admirable de la Razón y la Fé, supuesto que el taller de la ciencia y el altar del corazón tienen su origen en la comunidad espiritual del alma con su Creador, amado en espíritu y en verdad, *εν πνεύματι και αληθεία*, y de allí dimana también, como de fuente purísima, la belleza adorable de su cristianismo fecundo, sintetizado en aquella expresión sublime de San Gregorio de Niza: "la imitación de Dios en los límites de la naturaleza humana."

Ahora sí, fatiguemos el aliento de nuestra imaginación, y válganos la mnemotécnica, para poder seguir los pasos de atleta del Ilmo. Señor Silva en la carrera triunfal de este su primer lustro de pontificado glorioso, tan digno del Eterno, tan benéfico para la Religión, tan grato para su alma, tan provechoso para sus diocesanos y tan admirable para todos los que seguimos con amor el decurso de esa vida toda pureza y santidad, toda decoro y grandeza, toda piedad y munificencia, toda heroísmo y esplendor.

VI.

ENTRA en la capital de su Diócesis el día 20 de Diciembre de 1892, y aquí es oportuno ceder la palabra á uno de sus más inteligentes panegiristas, hijo de la ciudad de Colima y testigo presencial de aquella imponente manifestación de respeto y filial amor: "el joven, inteligente y virtuoso Prelado entraba en esta ciudad (Colima) bajo arcos triunfales y hollando flores, circuido de aquella aureola que da la fama legítimamente conquistada. Su arribo fué una victoria y una esperanza. El brillo de sus hechos, llevados á cabo en la culta Guadalajara, iluminaba de antemano la ciudad de las brisas y las palmas, como un nimbo de verdadero progreso y de gloria. El príncipe de la Iglesia no ha desmentido ni un ápice el justísimo prestigio que goza." ¡Ese es el privilegio del genio, irradiando los vivificantes destellos de esos diamantes fotogénicos del alma, la virtud y el talento! Tanto júbilo y alegría tanta, no son ciertamente inusitados, sino muy legítimos y singéneos de aquellos que motivara en la Ciudad Eterna el fausto suceso del 12 de Abril de 1850, al volver de Gaeta á Roma el ínclito y Soberano Pontífice Pío IX el inmortal.

VII.

LA diócesis de Colima, aunque muy joven, pues fué erigida por el Padre Santo reinante, según su decreto supremo de 11 de Diciembre de 1881, es ya ilustre por haberla gobernado, constituido y beneficiado con sus dotes y raras virtudes, tanto el Ilmo. y Rmo. Señor Lic. Don Francisco Melitón Vargas, de imperecedera y santa memoria, su primer Obispo desde Mayo de 1883 hasta Julio de 1888, como el Ilmo. y Rmo. Señor Don Francisco Díaz Montes, también de grata recordación, su segundo Prelado, desde 25 de Agosto de 1888, hasta el 14 de Abril de 1891. La historia ha recogido ya en sus luminosas páginas las obras merítísimas de tan piadosos é insignes varones.

VIII.

EN tal virtud, el Ilmo. y Rmo. Señor Silva, al ponerse al frente de dicha provincia eclesiástica, como su tercer Jerarca, recibió un cuerpo moral organizado, sujeto á la disciplina, dócil á la enseñanza y sumiso á la voz de sus directores espirituales. Fué un gran legado que su habilidad y pericia harán contribuir de un